

BILL McSWEENEY

# Los sentimientos no deben colorear nuestro juicio moral sobre la guerra

*Concluida la guerra de Kosovo, también parecen acabados los debates y las polémicas sobre la idoneidad o la ilegitimidad de los ataques de la OTAN sobre Yugoslavia. El autor vuelve pisar ese terreno para cuestionar la justificación que se hace de la guerra; desde esta plataforma, señala que la solución bélica utilizada por "los aliados" tal vez se pudo evitar, de no ser porque, previamente, se planteó a los serbios condiciones de pacificación innecesarias e inaceptables, mientras las noticias sobre la limpieza étnica aplicada en Kosovo se multiplicaban e iban sensibilizando a la opinión pública a favor de la guerra.*

Las imágenes y el hedor de la muerte flotan sobre las aldeas de Kosovo y es difícil contener el impulso de castigar a un país por su falta de humanidad. En una orgía de crueldad, los serbios han borrado el recuerdo de sus sufrimientos y de su heroica resistencia al nazismo para convertirse en los parias de la moderna Europa.

Frente a tales atrocidades, ¿qué importa que el comportamiento de la OTAN no sea precisamente modélico? Dresde no pudo impedir que conserváramos en la mente el horror de los campos de concentración, ni que considerásemos justificada la causa de los aliados en ese trasfondo moral. Los que quisieron la paz con Hitler fueron sepultados en la sentina que la historia reserva a los "apaciguadores". La prosa púrpura de la victoria no parece un gran precio a pagar a cambio de la ilusión de claridad moral. El grito "¡Nunca más!" queda una vez más justificado con el relato de lo que hicieron los serbios y con lo que la victoria de la OTAN parece haber parado.

Bill Mc Sweeney dirige el programa de estudios sobre paz internacional de la Irish School of Ecumenics y es editor de *Moral Issues in International Affairs* (McMillan, Reino Unido)

Este artículo apareció publicado en *The Irish Times*, 16 de julio, 1999.

Traducción:  
Mercedes Abad.

Pero los hechos cuentan. Las lecciones de esta guerra no quedarán en la conciencia occidental de la forma que mucha buena gente piensa. No habrá otra campaña militar contra dictadores brutales, y los que permanezcan dentro de Europa pueden estar seguros de que serán los serbios los que soporten todo el peso de la conciencia del mundo durante muchos años. El recuerdo de Kosovo impregnará la militarización de la seguridad europea y será utilizado para que continúe su dependencia de la intervención americana a través de la OTAN.

Dejando aparte los problemas de legalidad, consecuencias e imparcialidad, hay cuestiones más graves y fundamentales para llegar a cualquier conclusión de alcance ético. Ciertos hechos, ahora indiscutibles, como que los militares de Belgrado merecían ser aniquilados y que Milosevic es un criminal de guerra, carecen de importancia cuando se trata de valorar éticamente el recurso de la OTAN a la guerra.

Esto chirría con nuestros instintos de piedad y justicia, pero hay que insistir en ello en relación con Kosovo, como debe hacerse al hablar de los campos de concentración nazi. Lo que importa es conocer lo que la OTAN sabía el 23 de marzo cuando, según se nos dijo, se habían agotado todas las alternativas a la guerra.

Además, el hecho de que gracias a la victoria de la OTAN se acabara con la limpieza étnica no es la cuestión. Si la OTAN hubiera perdido, no se habría librado por eso de que se hiciera un juicio moral sobre la justicia de su guerra. Podemos dar las gracias a Dios por la OTAN, como los judíos lo hicieron por los aliados, sin permitir que los sentimientos colorean nuestro juicio moral sobre los vencedores y sus guerras.

Lo que se sabía de los planes y atrocidades de los serbios antes de que empezara la guerra, ¿justifica que la respuesta fuera la guerra? Creo que nunca podremos contestar a esa pregunta de manera tajante. No hay pruebas (entre otras, de las fuentes oficiales de EE UU) que demuestren que en los tres meses anteriores a la guerra hubiera tantas matanzas sistemáticas como las que hubo después, o un plan de Belgrado para llevarlas a cabo. Puede que estuvieran equivocados, pero nosotros necesitamos saber con toda seguridad que la OTAN, para alcanzar sus fines humanitarios, había agotado ya todas las otras posibilidades, antes de poder justificar que se diera el horrible paso de la guerra.

¿Había otras posibilidades? Los comentaristas occidentales afirman repetidamente que no había alternativas, con una seguridad que no deja de sorprender ante las pruebas palpables, al alcance de todos, de lo contrario.

Los objetivos de la OTAN, que explicaban la justificación de la guerra en caso de que fueran rechazados por los serbios, fueron dados a conocer ampliamente en los famosos cinco principios. Esencialmente, se pedía el fin de la violencia, la retirada de las fuerzas serbias, el regreso de los refugiados y “una presencia militar internacional” en Kosovo.

Durante toda la guerra los medios de comunicación occidentales vincularon este interés humanitario con imágenes de limpieza y muerte, con lo que nuestra sensibilidad moral se vio impelida a comparar la humanidad de la OTAN con la bestialidad de los serbios. Pero la OTAN quería algo más de lo que se nos ha dicho.

El Acuerdo de Rambouillet, presentado a los serbios en febrero y marzo, no fue dado a conocer públicamente aunque había llegado completo a las principales agencias de noticias, todas las cuales se limitaron, por lo que parece, a dar una información resumida que tenía sentido a la luz de los objetivos declarados por la OTAN. Entre las demandas que figuraban en el documento se incluía la ayuda a los kosovares, pero también la aceptación de la presencia de la OTAN en toda Yugoslavia; propuesta absurda si lo que se pretendía era alcanzar unos fines humanitarios sin recurrir a la guerra.

Después de esto, cualquier intento de negociar fue un fracaso, no solo porque Milosevic trataba desesperadamente de salvar las apariencias, sino también por los implacables esfuerzos hechos por la OTAN para que la ONU fuera excluida como agente controlador de las fuerzas de paz y para que Rusia quedara al margen.

Posteriormente, la mayoría de los medios de comunicación estadounidenses incluso revelaron que el fracaso de los acuerdos militares de Macedonia en junio no fue debido a las malas artes de los serbios, como se había comentado por doquier en su momento, sino a que la OTAN había intentado suprimir el papel de la ONU en la administración del acuerdo.

Por último, lo que acordó la ONU en la Resolución del 9 de junio estaba básicamente conforme con el final de la violencia, el regreso de los refugiados y el establecimiento de una fuerza de paz internacional en Kosovo; todo lo cual había ofrecido la Asamblea Nacional serbia el 23 de marzo, aunque nuestros medios de comunicación no dieron cuenta de ello.

Los serbios son responsables fundamentalmente de la brutalidad. Pero la OTAN tiene su parte de responsabilidad por querer incluir su supremacía institucional en las condiciones básicas para la paz y por recurrir a la guerra cuando por fin había sobre la mesa una propuesta de la ONU en la que se aceptaba la esencia de sus fines declarados.